



El AVE llegó a la Estación de La Cartuja, en la Expo'92, tras su viaje inaugural, repleto de autoridades y curiosos: Mercé Sala, Narcís Serra, Manuel Chaves, Virgilio Zapatero y Emilio Casinello, en primer término. En la fotografía inferior, vista del vagón de la clase turista del primer Alta Velocidad de nuestro país.

En la fotografías de la página anterior, Felipe González y Josep Borrell, presidente del Gobierno y ministro de Obras Públicas, respectivamente, en la época en la que se inauguró el AVE Madrid-Sevilla. Abajo, una panorámica de la Exposición Universal de Sevilla, uno de los grandes acontecimientos de ese año, junto con los Juegos Olímpicos de Barcelona.

**Sólo una cosa era cierta: el AVE, mejor que el de los franceses, construido en un tiempo récord, era como un juguete en manos de los españoles, como la primera montaña rusa o aquel mítico Cinerama; "¿qué se siente?", era la pregunta que todos hacíamos a los afortunados que lo habían probado ya**

do ya. La respuesta era, por una parte, descorazonadora y, por la otra, positiva: "Nada, no te das ni cuenta". Para Borrell, era un avión que volaba bajito; para los soldados que custodiaron sus cuatrocientos y pico de kilómetros, una cruz de mili, para la Andalucía profunda, una traición; para los amantes de los ferrocarriles y los ecologistas, un desastre; para los españoles en general, una curiosidad y un leve fruncimiento de cejas porque medio billón de pesetas deben ser muchas pesetas, pero nadie en su sano juicio es capaz de saber cuántas, y, tal y como somos, tener un tren que vaya a 300 kilómetros por hora es una chulería. ¿Una chulería innecesaria? Pues cada cual sabrá, pero una vez que estaba ahí, nos encantaba saber que a los franceses se les taponaban los oídos cada vez que se metían en un túnel y a nosotros no porque el nuestro era mejor. Eso, en este país, vale un dinero.

Soy de los que ya han montado en el AVE. Estoy seguro que las co-

sas han mejorado desde entonces porque hice el trayecto Sevilla-Madrid en el primer viaje comercial, el mismísimo 21 de abril de 1992. Entonces no funcionó la cafetera y nos pasaron cinco veces por el vídeo el mismo documental inglés lleno de bichos y naturalezas vivas. Puedo garantizar varias cosas: que corre que se las pela; que para echar una cabezadita, como los trenes de toda la vida, ninguno; que huele a fibra sintética; que nadie será capaz de tomarse una torta de Alcázar o abrir una fiambarrera; que los tullidos tienen un civilizado acceso pero una difícil venta de cajas de Farias; que a mí me gusta más que el avión; que cuando llegue a Barcelona, todo será más lógico y que una vez criticado, gastado el dinero y puesto en marcha, lo mejor es olvidar y disfrutarlo en las horas bajas, las más baratas, porque pagar 16.000 pesetas para ir y otras para volver, estaba, en 1992, fuera del alcance de cada vez más españoles. Claro que en clase turística salía algo más barato.

